ta. Vencedor, cae sobre su enemigo, le acosa, le persigue, le derriba, le degüella, le pisotea, levanta la cabeza y triunfa con la mirada. Vencido, acomete, retrocede, defiende el terreno palmo á palmo, asalta á la derecha, asalta á la izquierda, da un salto atrás, invoca á Dios ó al diablo, segun que es en aquel momento pagano ó cristiano, emplea todos los recursos del artificio, todas las astucias de la debilidad; en fin, lanzado por su adversario cae sobre una rodilla luchando aun, se tiende, se doblega, rueda, y viendo al fin que aquella lucha es inútil, presenta la garganta para morir con gracia, como el gladiador galo, antigua tradicion que el anfiteatro ha legado al muelle.

Si es vencedor, el improvisador toma su sombrero, como Belisario su casco, y reclama imperiosamente lo que le es debido. Si es vencido, se acerca á su fieltro, da la vuelta al corro y pide humildemente la limosna: tan impresionables son las naturalezas del Mediodía, y tanta es su facilidad en trasformarse y convertirse en lo que desean ser.

Desgraciadamente como hemos dicho, el improvisador desaparece; nuestros padres le han visto, nosotros le hemos visto, nuestros hijos, si se dan prisa todavía le verán, pero de seguro nuestros nietos no le verán.

No sucede lo mismo con el escribiente público, su vecino. Muchos siglos pasarán todavía sin que todos sepan escribir; y sobre todo, en la fidelísima ciudad de Nápoles. Y aun el dia que todos sepan escribir, ¿no quedará todavía el escrito anónimo, ese veneno que vende el escritor público haciéndose rogar, como el farmacéutico de Romeo y Julieta vendia el arsénico? Por mi parte, solo yo recibo bastantes cartas anónimas para mantener decorosamente con su importe á un escritor público que tenga muger é hijos.

El amanuense que puede anunciar delante de su puesto: *qui si scrive in francesed*, está seguro de su fortuna. ¿Por qué? Averiguadlo, porque yo no lo sé. El idioma francés es el idioma de la diplomacia, es verdad, pero los diplomáticos no cambian sus notas por conducto de los escritores públicos.

Por lo demas, el escritor público napolitano trabaja al aire libre, á la vista de todos, *coram populo*. ¿Es este un progreso ó un atraso en la civilizacion?

Es que el pueblo napolitano no tiene secretos; piensa en voz alta, riñe á gritos, se confiesa á voces. El que sabe el lenguaje del muelle y se pasea una hora al dia por las iglesias, no tiene mas que escuchar lo que se dice en el altar ó en el confesonario, y al fin de la semana estará iniciado en los mas íntimos secretos de la vida napolitana.

¡Ah! olvidaba decir que el escritor público napolitano es caballero, ó al menos que se da este título.

En efecto, preguntad al escritor: siempre es un *galantuomo* que ha sufrido desgracias: dudad de ello, y os enseñará como prueba un resto de redingot de paño.

No se puede esplicar la influencia del paño en el pueblo napolitano: es para él el sello de la aristocracia, el signo de la superioridad. Un *vestito di panno* puede permitirse á vista del lazzaroni, cosas que no aconsejaria intentar á un *vestito di telo*.

Sin embargo, el *vestito di telo* tiene aun una gran superioridad sobre el lazzaroni, el cual generalmente lleva un vestido atmosférico.

III.

LA TUMBA DE VIRGILIO.

Para alternar con nuestros paseos por Nápoles, resolvimos Jadin y yo hacer algunas escursiones en sus inmediaciones. Desde los balcones de nuestra fonda veíamos la tumba de Virgilio y la gruta de Pouzzoles. Mas allá de esta gruta, que Séneca llama una larga prision, estaba el mundo desconocido de los antiguos encantamientos; el Averno, el Aqueronte, la Estigia; y ademas, si se ha de creer á Propercio, Baia, la ciudad de perdicion, la ciudad lujuriosa, que conducia con mas seguridad y mas pronto que ninguna otra ciudad á los reinos sombríos é infernales.

Cogimos nuestro Virgilio, nuestro Suetonio y nuestro Tácito, montamos en el corricolo, y cuando el cochero nos preguntó á donde debia conducirnos, le respondimos con mucha tranquilidad:—A los infiernos. Nuestro cochero partió al galope.

La presunta tumba de Virgilio está situada á la entrada de la gruta de Pouzzoles.

Se sube á la tumba del poeta por un sendero cubierto de zarzas y espinos: es una ruina pintoresca coronada por una verde encina, cuyas raices la abrazan como las garras de una águila. Dícese que en otro tiempo, en el sitio que ocupa la encina, existia un gigantesco laurel que habia nacido allí espontáneamente. A la muerte de Dante murió el laurel; Petrarca plantó otro, que vivió hasta la época de Sannazar. Por último, Casimiro Delavigne plantó el tercero, que no echó ni una rama.... No tenia la culpa el autor de las *Messenianas*; la tierra era ya estéril.

Se baja á la tumba por medio de una escalera medio destruida, entre cuyos escalones brotan gruesos tallos de mirtos; llégase en seguida á la puerta Columbarium, se atraviesa el umbral, y ya se está en el santuario.

La urna que contenia las cenizas de Virgilio permaneció allí, segun se asegura, hasta el

siglo XIV. Un dia se la llevaron á pretesto de ponerla en seguridad: desde aquel dia no ha vuelto á parecer.

Despues de breves instantes de esploracion interior, salió Jadin para hacer un boceto del monumento, y me dejó solo en la tumba. Dirigiéronse entonces mis miradas naturalmente al pasado, y procuré formarme una idea exacta de Virgilio, y de ese mundo antiguo en medio del cual vivia.

Virgilio nació en Andes, cerca de Mántua, el 15 de octubre del año 70 antes de Jesucristo, es decir, cuando César tenia treinta años; y murió en Brindis, en Calabria, el 22 de setiembre del año 19, es decir, cuando Augusto tenia cuarenta y tres.

Conoció á Ciceron, Caton de Utica, Pompeyo, Bruto, Casio, Antonio y Lépido, y era amigo de Mecenas, de Salustio, de Cornelio Nepote, de Cátulo y de Horacio. Fué maestro de Propercio, Ovidio y Tíbulo, los cuales nacieron cuando él terminaba sus *Geórgicas*.

Presenció todo lo que pasó en aquel período, es decir, los mas grandes acontecimientos del mundo antiguo: la caida de Pompeyo, la muerte de César, el advenimiento de Octavio, el rompimiento del triumvirato; habia visto á Caton desgarrándose sus entrañas, á Bruto arrojándose sobre su espada, habia visto á Farsalia, Filipos; debia ver á Actio.

Muchos han comparado ese siglo á nuestro siglo XVII: nada se parece menos, sin embargo: Augusto tenia mas de Luis Felipe que de Luis XIV. Luis XIV era un gran rey; Augusto fué un gran político.

Así el siglo de Luis XIV no comprende realmente mas que la primera mitad de su vida. El siglo de Augusto comienza despues de Actio, y se estiende en toda la última parte de su existencia.

Luis XIV, despues de haber sido el señor del mundo, muere batido por sus rivales, despreciado por sus cortesanos, maldecido por su pueblo, dejando á la Francia pobre, doliente y amenazada, y llegó á ser algo menos que un hombre, despues de haberse creido algo mas que un dios.

Augusto por el contrario, comienza por los disturbios interiores, las proscripciones y las guerras civiles; despues, muerto Lépido, Bruto y Antonio, cierra el templo de Jano que habia estado abierto sin interrupcion doscientos seis años, y murió casi á la edad de Luis XIV, es verdad, pero dejando á Roma rica, tranquila y feliz; dejando el imperio mas grande que lo habia recibido de manos de César, no abandonando la tierra sino para subir al cielo, no cesando de ser hombre sino para pasar á ser dios.

Hay una gran distancia de Luis XIV descendiendo de Versailles á Saint-Denis en medio de los silbidos del populacho, á Augusto subiendo al Olimpo por la via Appia en medio de las aclamaciones de la multitud.

Conócese á Luis XIV en su desden para con su nobleza, en la altivez para con sus ministros, en el egoismo con sus queridas: dilapilador del tesoro de la Francia en fiestas de que es el héroe, en juegos de que es el vencedor, en espectáculos de que es el dios, siempre rey para su familia como para su pueblo, para sus prosáicos cortesanos como para sus aduladores poetas; no concediendo una pension á Corneille, sino por que Boileau habla de darle las suyas; alejando de él á Racine porque tuvo la desgracia de pronunciar el nombre de su predecesor Scarron: complaciéndose de la herida de la duquesa de Borgoña, la cual en adelante hará con mas regularidad sus viages á Marly; silbando un aire de ópera junto al féretro de su hermano, y viendo pasar delante de él los cadáveres de sus tres hijos sin averiguar quien los ha envenenado, por temor de descubrir los verdaderos culpables en su querida ó en sus bastardos.

¿En qué se semeja á esto, pregunto yo, el estudiante que vá de Apollonia para recoger la herencia de César?

¿Quereis ver á Octavio, ó Turino como entonces se le llamaba? pues pasaremos á César, y de César á Augusto, y vereis si ese triple y sin embargo único personage, tiene un solo rasgo del amante de la señorita de La Valliere, del de madama de Montespan, y del de madama de Maintenon, que tambien es un solo y único personage.

César acaba de caer del Capitolio; Bruto y Casio han sido espulsados de Roma por el pueblo, que la víspera los habian llevado en triunfo; Antonio ha leido el testamento de César que intitula á Octavio su heredero. El mundo entero espera á Octavio.

Entonces es cuando Roma ve entrar en su ciudad á un jóven de veinte y un años escasos, nacido bajo el consulado de Ciceron y de Antonio, el 22 de setiembre del año 689 de la fundacion de Roma, es decir, sesenta y dos años antes de Jesucristo, que nacerá en su reinado.

Octavio no presentaba ninguna de esas señales esteriores del hombre reservado para grandes hechos; era un jóven que todavía lo parecia mas por su corta estatura; porque segun el liberto Julio Marato, por mas que procuraba aparentar mas estatura por medio de las gruesas suelas de sus sandalias, Octavio no tenia mas que cinco pies y dos pulgadas (1). Verdad es que esta era la estatura que habia tenido Alejandro y que debia tener Napoleon. Pero Octavio no poseia ni la fuerza física del vencedor Bucéfalo, ni la mirada de águila del héroe de Austerlitz; tenia por el contrario la tez pálida, cabellos rubios y rizados, ojos claros y brillantes, las cejas uni-

(1) Debe tenerse presente que el autor se refiere á una medida francesa que equivale próximamente á cuatro pies y seis pulgadas de la nuestra. (*N. del T.*)

das, la nariz saliente por arriba y afilada por abajo, los labios delgados, los dientes separados, pequeños y ásperos, y la fisonomía tan dulce y encantadora, que llegará un dia en que al pasar los Alpes, la espresion de esa fisonomía contendrá á un galo que habia formado el proyecto de arrojarle á un precipicio. En cuanto á su apostura, es de las mas sencillas: en medio de esa juventud romana que se acicala, que se pone lunares, que usa una pronunciacion afectada, que se contonea, entre aquellas bellezas, aquellos modelos de elegancia de la época, que se distingue por su cabellera perfumada con esencias, dividida por una raya, y que la tenacilla del peluquero riza dos veces al dia en largos bucles á cada lado de su cabeza; en sus barbas afeitadas con esmero, de modo que no deje á los unos mas que bigotes, á los otros barba corrida; en sus túnicas trasparentes ó purpurinas, cuyas desmesuradas mangas cubririan completamente sus manos si no tuviesen cuidado de levantarlas para que esas mangas al volverse dejen ver sus torneados brazos y sus dedos cubiertos de sortijas, Octavio se hace notar por su toga de lienzo, su laticlavia de lana, y por el simple anillo que lleva en el dedo pulgar de la mano izquierda, y cuyo engaste representa una esfinge. Asi, toda aquella juventud que no comprende la escentricidad del heredero de César que le da un aire plebeyo, niega que sea como se asegura de sangre aristocrática. Octavio era un simple repartidor de tribu, ó á lo mas un rico banquero. Otros van mas allá, y aseguran que su abuelo era molinero, y que lleva aquella sencilla toga blanca únicamente para que no se vean en ella las señales de la harina: *Materna tivi farina*, dice Suetonio; y Suetonio, como todo el mundo sabe, es el Tallemant des Reaux de la época.

Y sin embargo, los dioses han predicho grandes cosas á aquel niño; pero esas grandes cosas, en lugar de contarlas, de decirlas, de hacerse un título de ellas, si no para el amor, al menos para la supersticion de sus conciudadanos, las encierra en sí mismo y las guarda en el santuario de sus esperanzas. Diversos presagios han acompañado y seguido á su nacimiento, y Octavio cree en los presagios, en los sueños y en los augurios. En otro tiempo, los muros de Velletri fueron heridos por el rayo, y un oráculo ha predicho que un ciudadano de aquella poblacion daria un dia leyes al mundo. Otro rumor ademas se ha esparcido, el cual consignaron mas tarde Asclepiades y Mendes en su libro sobre las cosas divinas: Atia, madre de Octavio, estando dormida en el templo de Apolo, fué despertada como por abrazos, y vió con espanto que una serpiente se habia deslizado por su pecho y la envolvia en sus anillos; diez meses despues dió á luz una criatura. No es esto todo: el dia de su alumbramiento, su marido, detenido en casa por aquel suceso, habiendo diferido ir al senado, donde se ocupaban de la conjuracion de Catilina, y esplicando al presentarse en él la causa de su retraso, Publio Nigidio, aunque muy afamado por la veracidad de sus predicciones, hizo le dijese la hora exacta del nacimiento de Octavio, y declaró, que si su ciencia no le engañaba, el dueño del mundo prometido por el antiguo oráculo de Velletri, acababa al fin de nacer.

Hé ahí las señales que habian precedido al nacimiento de Octavio. Hé aqui las que le habian seguido:

Un dia que el niño predestinado, de edad de cuatro años corria en un bosque, se lanzó un águila de la cima de una roca donde habia posado, y le arrebató el pan que tenia en la mano, remontándose en seguida hácia el cielo, volviendo un instante despues llevando al jóven Octavio el pan completamente mojado en agua de las nubes.

En fin, dos años despues, Ciceron acompañando á César al Capitolio, referia conforme iba andando á uno de sus amigos, que habia visto en sueños la noche anterior á un niño de límpida mirada, de dulce fisonomía y cabellos rizados, el cual descendia del cielo por medio de una cadena de oro, y se detenia á la puerta del Capitolio, donde Júpiter le armaba con un rayo. En el momento en que referia este sueño, vió al jóven Octavio, y esclamó que aquel era el mismo niño que habia visto la noche precedente.

Como se ve, habia en todo eso mas promesas que las necesarias para trastornar la cabeza á un jóven; pero Octavio era de esos hombres que jamás han sido jóvenes, y á quienes jamás se les trastorna el juicio. Era una imaginacion tranquila, reflexiva, astuta, incomprensible y hábil que no se dejaba arrastrar por los primeros impulsos de su cabeza ó de su corazon, sino que los sometia siempre al análisis de su interés y á los cálculos de su ambicion. De ninguno de los partidos que se habian sucedido hacia cinco años desde que habia vestido la toga viril, habia adoptado el color; lo que le constituia en una escelente posicion, puesto que cualquiera que fuese el partido que adoptase, no tenia que romper su porvenir con su pasado. Mas dichoso, pues, que Enrique IV en 1593 y que Luis Felipe en 1830, no habia contraido compromisos, y se encontraba haciendo abstraccion de la gloria pasada, lo cual era una ventaja mas en su favor, casi en la misma situacion en que se encontraba Bonaparte el 18 de brumario.

Como entonces habia dos partidos, pero dos partidos que aunque llevaban los mismos nombres, no tenian ninguna analogía con los que existian en Francia en 99; porque en aquella época, el partido republicano, representado por Bruto, era el partido aristocrático; y el partido realista, representado por Antonio, era el partido popular.

Entre aquellos dos hombres era, pues, preciso que Octavio apareciese creando un tercer partido, ó sirviéndonos de una frase moderna, un partido del justo medio.

Digamos una palabra acerca de Bruto y Antonio.

Bruto tiene treinta y tres ó treinta y cuatro años; es de una estatura ordinaria, lleva los cabellos cortos, la barba cortada á la longitud de media pulgada, su mirada es tranquila y orgullosa, y en su frente ha surcado su pensamiento un solo repliegue, al menos asi es como le representan las medallas que ha hecho acuñar en Grecia con el título de *imperator*; ¿lo ois? *Brutus imperator*, es decir, Bruto, general. No tomeis jamás la palabra *imperator* sino en esa acepcion, y no en la que la han dado despues Carlo-Magno y Napoleon.

Prosigamos.

Desciende, por su padre, de aquel Junio Bruto que condenó á muerte á sus dos hijos, y cuya estátua está en el Capitolio en medio de las de los reyes á quienes ha lanzado del trono; y por su madre, de aquel Servilio Ahala, que siendo general de la caballería bajo el mando de Quinto Cincinnato, mató con su propia mano á Spurio Melio, que aspiraba al reino. Su padre, marido de Servilia, fué muerto por órden de Pompeyo durante las guerras civiles entre Mario y Sila; y él mismo es sobrino de aquel Caton que se desgarró las entrañas en Utica. Un rumor popular le hace hijo de César, que habia seducido á su madre con una perla que valia seis millones de sextercios; es decir, mil doscientos francos próximamente. Pero tantas conquistas se le acumulan á César, que es preciso no creer todo lo que de él se dice. Siendo jóven, Bruto ha estudiado la filosofía en Grecia; pertenece á la secta platónica, y ha sacado de Atenas y Corinto esas ideas de libertad aristocrática que formaban la base del gobierno de las pequeñas repúblicas griegas. Oficial del ejército en Macedonia bajo las órdenes de Pompeyo, se hace notar en Farsalia por su gran valor. Gobernador en las Galias por César, se hace notable en la provincia por su severa probidad. Es uno de esos hombres que no obran jamás sin conviccion, pero desde que tienen una, obran siempre; es una de esas almas profundas y retraidas en donde encuentran un tabernáculo los dioses que se alejan de la sociedad; es uno de esos corazones cubiertos de una triple coraza, como dice Horacio, que tienen á la muerte por amiga, y que la ven llegar sonriendo. Vuelta incesantemente la vista hácia las virtudes de las edades antiguas, no ve los vicios de la edad presente; cree que el pueblo continúa siendo un pueblo compuesto de hombres laboriosos; cree que el senado continúa siendo una asamblea de reyes. Su única falta es haber nacido despues del brutal Mario, el galante Sila y el voluptuoso César, en lugar de nacer en los tiempos de Cincinato, de los Gracos ó de los primeros Scipiones. Ha sido fundido todo en bronce en una época en que las estátuas son de barro y oro. Cuando semejante hombre comete un crímen, es á su siglo á quien se debe acusar, y no á él.

Por lo demas, Bruto acaba de cometer una gran falta; ha abandonado á Roma, olvidando que sobre el mismo terreno donde se comenzó una revolucion, es preciso llevarla á cabo,

Antonio es el contraste mas completo que el cielo ha podido poner en oposicion con la figura tranquila, fria y severa que acabamos de dibujar.

Antonio tiene cuarenta y seis años, su estatura es elevada, sus miembros musculosos, su barba espesa, su frente ancha, su nariz aguileña. Pretende descender de Hércules; y como es el mas hábil caballero, el mas fuerte discóbolo (1), el mas rudo luchador que hubo desde Pompeyo, nadie le niega esa genealogía, por mas fabulosa que á algunos parezca. Niño, su mucha belleza ha llamado la atencion de Curion, y ha pasado con él los primeros años de su adolescencia en el desórden y la orgía. Antes de vestir la toga viril, es decir, á los diez y seis años próximamente, ya habia contraido deudas por valor de millon y medio; pero lo que se le atribuye sobre todo, es el cinismo de su intemperancia. Al dia siguiente de las bodas del bufon Hipias, se presentó en la asamblea pública tan lleno de vino, que se ve obligado á detenerse en la esquina de una calle y vomitarlo á la vista de todos, por mas que el bufon Sergio, con quien vive en un comercio infame, y que segun dicen tiene sobre él grande influencia, procurase estender su manto entre él y los transeuntes. Despues de Sergio, su sociedad mas habitual es la cortesana Cytcris, á quien lleva por todas partes en una litera, y á quien da un acompañamiento tan numeroso como el de su propia madre. Cada vez que va al ejército, lo hace con acompañamiento de histriones y flautistas. Cuando se detiene hace levantar sus tiendas orilla de los rios ó á la sombra de los bosques. Si atraviesa una ciudad, es en un carro tirado por dos leones que guia con riendas de oro. En tiempo de paz lleva una túnica estrecha y un manto grosero. En tiempo de guerra, va cubierto de ricas armas que ha podido procurarse para atraer hácia sí los mas rudos golpes y los enemigos mas bravos. Porque Antonio, con la fuerza física ha recibido el valor brutal; lo cual hace que sea un dios para el soldado y un ídolo para el pueblo. Por lo demas, orador hábil en el estilo asiático, con un solo discurso ha espulsado de Roma á Bruto y Casio. Fastuoso y lleno de inconstancia, pretende ser el hijo de un dios, y descendiendo á las veces al nivel del animal, Antonio cree imitar á César remedándole en la guerra y en la tribuna. Pero entre Antonio y César hay un abismo:

(1) Atleta que se ejercitaba en el juego del disco. (*N. del T.*)

Antonio no tiene mas que faltas, César tenia vicios; Antonio no tiene mas que cualidades, César tenia virtudes; Antonio es la prosa, César es la poesía.

Pero por el momento, tal como es, Antonio reina en Roma, porque hay reaccion á favor de César, y Antonio representa á César: él es el continuador del vencedor de las Galias y del Egipto. Vende los cargos, los empleos, hasta los tronos: por veinte mil francos, lo que á la verdad no es muy caro, acaba de dar un diploma de rey de Asia, porque Antonio tiene sin cesar necesidad de dinero. Sin embargo, aun no hace quince dias que ha obligado á la viuda de César á entregarle los veinte y dos millones que habia dejado su marido; verdad es que desde los idus de marzo al mes de abril, ha pagado Antonio deudas por valor de ocho millones; pero como se asegura que ha saqueado el tesoro público, el cual, segun Ciceron, contenia setecientos millones de sextercios, es decir, ciento cuarenta millones de francos próximamente, por muy gastador que sea Antonio, como no ha pagado ninguno de los legados de César, aun debe quedarle un centenar de millones, y un hombre del carácter de Antonio, y que cuenta con cien millones, es un hombre temible.

A propósito, nos olvidábamos de una cosa: Antonio era marido de Fulvia.

He ahí, pues, contra quien debia luchar primero Octavio.

Comprendió éste que el senado votando gracias á Antonio, detestaba tanto mas á aquel grosero señor, cuanto mas cobardemente le obedecia. Octavio se deslizó suavemente en el senado, apellidó á Ciceron su padre, pidió humildemente y obtuvo sin oposicion elevar el gran nombre de César, única porcion de su herencia á que, segun decia, habia aspirado siempre; pagó sin ruido y con su propia fortuna, los legados que César habia dejado á los veteranos, y que Antonio les retenia; representó el papel de ciudadano puro, de patriota desinteresado; rehusó los fasces que le ofrecian, y propuso sin hacerse notar, para honrar á Antonio y darle la ocasion de acabar lo que tan bien habia comenzado, enviarle á espulsar á Decio Bruto de la Galia Cisalpina. Antonio, gozoso de librarse de las enérgicas reclamaciones de los herederos de César, parte prometiendo llevar á Decio Bruto atado de pies y manos: apenas ha partido, el senado respira. Entonces ve Octavio que ha llegado el momento: declara que cree á Antonio enemigo de la república, pone á disposicion del senado un ejército que ha comprado, sin que nadie dude de ello, con su propio peculio. Entonces el senado entero se levanta contra Antonio. Ciceron abraza á Octavio y propone nombrarle gefe de aquel ejército; y como esta proposicion causa alguna admiracion, *Ornandum tollendum*, dijo dirigiéndose hácia las cabezas encanecidas del senado. Juego de palabras que entiende Octavio, y que costará la vida al que le emplea. Pero Octavio rehusa; es débil de cuerpo, ignorante en materia de guerra; quiere dos colegas para no tener ninguna responsabilidad; y á peticion suya, un decreto del senado nombra sus adjuntos á los cónsules Hirtius y Pansa.

Antonio ha sido enviado para combatir á Decio Bruto; Octavio es enviado para defender á Decio Bruto contra Antonio.

Era este un consejo de abogado: tambien venia de Ciceron. Asi se perdian á la vez Octavio y Antonio: Antonio poniendo de manifiesto todas sus infamias; Octavio enviándole al socorro de uno de los asesinos de su padre.

Pero paciencia; Octavio no se llama ya Octavio: un decreto del senado le autoriza á llamarse César.

Dejemos, pues, á un lado al niño; ved ahí el hombre que empieza.

Los dos ejércitos se encuentran: Antonio es vencido: los dos cónsules Hirtius y Pansa son muertos en la pelea, no se sabe por quién; mas como una herida leve podria no ser mortal, y es preciso que mueran, los dos han sido heridos con espadas envenenadas. Solo César está sano y salvo: César está demasiado doliente para batirse; César ha quedado en su tienda mientras se batian. Por lo demas, eso mismo hará en Filipos y en Actio: mientras se ganan todas las victorias que consiga, dormirá ó estará enfermo.

No importa: Antonio huye, los cónsules han muerto, y César está á la cabeza de un ejército.

Entretanto Ciceron reina á su vez en Roma: sucede á Antonio, como Antonio ha sucedido á César. El senado tiene necesidad de ser gobernado: poco le importa serlo por un gran político, por un soldado grosero, ó por un hábil abogado.

El senado cree que ha llegado el momento de poner en práctica el equívoco de Ciceron: ya no hay necesidad de aquel *niño*. Asi como el senado trata ahora á Octavio, y le niega el consulado.

Pero como hemos dicho, el niño se hace hombre; Octavio se ha convertido en César. Esperad.

En el momento en que Antonio atraviesa los Alpes huyendo, y en que Lépido, que manda en la Galia, acude á él, llega un enviado de César, que le ofrece á Antonio en su nombre su amistad. Antonio acepta, reservando los derechos de Lépido.

El lugar señalado para la conferencia, fué una isleta del Reno, situada cerca de Bolonia, como mas tarde hicieron en Tilsitt Napoleon y Alejandro. Llegan alli ambos; César por la ribera derecha, Antonio por la ribera izquierda. A cada estremo del puente quedaron trescientos hombres de escolta. Lépido habia visitado de antemano la isla. Napoleon y Alejandro se abrazaron al reunirse; Antonio y César no hicieron lo mismo. Antonio registró á César, César registró á Antonio, temiendo ambos que su contrario tuviese un arma oculta. No hubieran podido hacerlo mejor Roberto Macaire y Bertrand.

Debió ser una escena terrible la que pasó entre aquellos tres hombres, cuando despues de haberse repartido el mundo, reclamó cada uno el derecho de hacer perecer á sus enemigos. Los tres cedieron de su parte: Lépido la cabeza de su hermano, Antonio la de su sobrino. César rehusó ó fingió rehusar durante tres dias la de Ciceron; pero Antonio se mantenia firme; Antonio amenazaba con un rompimiento completo si no se le concedia. Antonio brutal y tenaz, era capaz de hacerlo como decia: César no quiso indisponerse por tan poco; quedó resuelta la muerte de Ciceron. Yo intentaria describir esa escena si Shakespeare no la hubiese escrito.

Tres dias se pasaron, durante los cuales se conferenció de ese modo. Al cabo de tres dias la lista de los proscritos ascendia á dos mil trescientos nombres: trescientos nombres de senadores, dos mil de caballeros.

Entonces se redactó una arenga. Apiano nos ha dejado esta arenga traducida en griego. Todos esos preparativos hostiles, decian los triumviros, eran dirigidos contra Bruto y Casio; solo que los tres nuevos aliados, marchando contra los asesinos de César, no querian, decian, dejar enemigos tras de sí.

Luego se pensó en unir todavía mas á Antonio y César por una alianza matrimonial. Los matrimonios han sido en todos tiempos la gran sancion de los convenios políticos. Luis XIV casó con una infanta de España; Napoleon con María Luisa; César con una hijastra de Antonio, prometida á otro. Mas tarde Antonio se casará con una hermana de Augusto; verdad es que ese doble matrimonio no impedirá la batalla de Actio.

Entretanto, el rumor de la reunion de César, de Antonio y Lépido se difunde por toda Italia: Roma se conmueve, el senado tiembla; Ciceron pronuncia discursos que el senado aplaude, pero que no le tranquiliza. Los unos proponen defenderse, los otros huir; Ciceron continúa hablando sobre las eventualidades de la fuga y las de la defensa, pero no se decide ni á huir ni á defenderse, en este tiempo, los triumviros entran en Roma.

Ved á Plutarco, *In Cicerone*.

Ciceron murió mejor que hubiera debido esperarse de un hombre que habia pasado su vida ejerciendo la abogacía. Vió que no podia ganar el bagel en que esperaba embarcarse; hizo detener su litera, prohibió á sus esclavos le defendiesen, sacó la cabeza por la portezuela, estendió su garganta y recibió el golpe mortal.

Antonio habia pedido su cabeza para su muger; lleváronle pues aquella cabeza á Fulvia. Fulvia desprendió de sus cabellos un alfiler y picó con él la lengua. Luego clavaron aquella cabeza por encima de sus dos manos, en la tribuna de las arengas.

Al dia siguiente llevaron otra cabeza á Antonio. Antonio la tomó; pero por mas que la miró por todos lados no la reconoció.—Esto no me corresponde, dijo, llevad esta cabeza á mi muger. En efecto, era la cabeza de un hombre que se habia negado á vender su casa á Fulvia. Fulvia hizo clavar la cabeza á la puerta de la casa.

Durante ocho dias duró el degüello en las calles, y la sangre corrió en arroyos por Roma. Veleyo Patérculo escribió á este propósito cuatro líneas que pintan de un modo horroroso aquella época terrible: «Hubo, dice, mucha abnegacion en las mugeres, bastante en los libertos, algo en los esclavos, pero nada en los hijos.» En seguida añade con esa sencillez de la antigüedad que hace estremecer: «Verdad es que la esperanza de heredar que todos concebian, hacia insoportable el esperar.»

Al sétimo ú octavo dia de esa matanza, fué cuando Mecenas, viendo á César apegado á su silla de perseguidor, le hizo entregar una hoja de sus tablillas con estas dos palabras escritas de lápiz: «Levántate, verdugo.»

César se levantó, porque no obraba por odio ni encarnizamiento; proscribia porque creia útil proscribir. Cuando recibió las dos palabras de Mecenas, hizo una señal con la cabeza y se levantó. Mecenas se honró con la clemencia de César. Mecenas se engañaba: César se formaba su cálculo, y el impasible aritmético no pedia ya mas.

Volvamos los ojos hácia Bruto y Casio, y veamos lo que hacen.

Bruto y Casio están en Asia, donde exigen de una vez el tributo de diez años; Bruto y Casio están en Tarses, que oprimen con una contribucion de mil quinientos talentos; Bruto y Casio están en Rodas, donde hacen degollar cincuenta de los principales ciudadanos, por que se niegan á pagar una contribucion imposible. Es que necesitan millones Bruto y Casio para sostener el impopular partido que han adoptado, y para tener bajo sus águilas republicanas las veteranas legiones realistas de César.

De modo que los gritos de los pueblos que arruina son para Bruto un remordimiento incesante. Ese remordimiento es el mal genio que aparece en sus sueños; es el espectro que ha visto en Xanto y que volverá á ver en Filipos.

Leed en Plutarco ó en Shakespeare, donde os plazca, las últimas conversaciones de Bruto y Casio. Ved á esos dos hombres separarse una noche apretándose una mano con grave sonrisa, y diciéndose que vencedores ó vencidos, no tienen por que temer á sus enemigos. Es que César y Antonio están allí. Es que aquella es la víspera de la batalla de Filipos.